Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

6 La caída de Perón



Suplemento especial de
Página/12

Sabemos que las narraciones no tienen por qué ser lineales. Al contrario, el quiebre de la linealidad otorga prestigio a tantas narraciones que sobran los escritores que creen recibirse de genios por medio de ese mero artilugio que ya Walter Benjamin reclamaba en sus *Tesis sobre filosofía de la historia* (1940). Y que aún antes de esa fecha varios escritores habían impulsado. Pero los ensayos suelen ser lineales. ¿Para qué ser lineales con el peronismo? No estamos haciendo su historia. Ni su historia política, ni su historia social, ni su historia económica. Estamos haciendo su filosofía política. Estamos tratando de pensarlo. Pongamos, entonces, que por el momento me he hartado de Milcíades Peña y (sin abandonarlo) incursiono en otros autores. Cada uno de ellos ha dado su visión sobre el peronismo. ¿Dónde está la verdad? ¡Ah, la verdad! Ese sí que es un tema. El que crea tenerla no sabe qué es la verdad. *La verdad no es.* Establecer la verdad sobre algo sería matarlo, cosificarlo, darle un sentido definitivo entre los infinitos sentidos que sin duda tiene. El 17 de octubre hubo gente en la calle y al final de la jornada un coronel de nombre Perón dio un discurso a una multitud reunida en la Plaza de Mayo. ¿Esto es una verdad? No, esto es un hecho. Una verdad *no es* un hecho. Célebremente –en una de esas *frases martillo* que tantas cabezas reventara– Friedrich Nietzsche dijo: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Iba a escribir, irónicamente por cierto: "Nietzsche se despertó una mañana y dijo". Me habría referido a esa modalidad antisistemática de su pensamiento. Nietzsche es el pensador menos sistemático de la historia de la filosofía. Pero esa frase vale oro: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Todos sabemos más o menos qué ocurrió el 17 de octubre. Sabemos los hechos. Pero, ¿qué interpretación les damos? El pensamiento es la lucha de las interpretaciones. Las verdades colisionan. No hay verdades inocentes. Las verdades representan intereses. La verdad es la cristalización de la interpretación. Su estatuto en tanto sistema. Pero el hecho es mudo. El hecho no dice nada o dice lo apenas elemental. El mero punto de partida. Ahí empieza esa tarea que llamamos hermenéutica. Ahí empieza la lucha de las interpretaciones. De aquí que deje por el momento a Milcíades y me concentre en otros autores. Busco lo diferente, lo alternativo, lo contradictorio. Digo: atención, veamos el espectáculo de la diferencia. Por ejemplo: Milton Eisenhower llega a la Argentina de Perón. Para todos –para la mayoría– viene a integrar al peronismo al sistema económico del capitalismo de libre empresa norteamericano. ¡Perón se traiciona!, gritan alborozados señores que luego apoyarán gobiernos pro norteamericanos hasta la náusea. Pero no importa. Perón había jurado que se cortaría un brazo antes de pedir un crédito a un banco extranjero. La llegada de Milton Eisenhower es la desmentida de esa afirmación. Sin embargo, Juan José Hernández Arregui afirmará: "EE.UU. ensayó el recurso de bloquear económicamente a la Argentina hasta que no tuvo más remedio que 'capitular' mandando a Milton Eisenhower" (Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Hachea, Buenos Aires, 1970, p. 415). Hernández Arregui hizo aquí un uso extremo de la hermenéutica. No hay hechos, hay interpretaciones. Pero esto no significa que se pueda interpretar cualquier cosa. Hay interpretaciones que se vuelven contra el interpretador. Decir que Milton Eisenhower vino a "capitular" es tener una fe a toda prueba sobre un peronismo que, en ese momento, empezaba a exhibir aristas de cansancio, de cambio de rumbo, de negociaciones con sus enemigos. Pero Hernández Arregui lo dijo. Ya veremos a Peña señalar en la visita del señor Eisenhower la otra cara de la moneda: la claudicación del régimen. Algo que tampoco es así. Estas cuestiones –en algún aspecto– benefician a Perón. Porque luego de su caída el país se suma al Fondo Monetario Internacional. Los "Milton Eisenhower" llegan en manadas a dar "instrucciones". Y en cuanto al Contrato con la petrolera California (que fue un caballito de lucha de la oposición), ¿cuántos contratos decididamente peores se hicieron a partir de su caída? Hasta el "héroe" de la defensa de nuestro petróleo ante la "entrega" del peronismo, Arturo Frondizi (que había escrito como parte de esa lucha un célebre libro, *Petróleo y política*), suscribió durante su malhadada presidencia concesiones petroleras que lo entregaron al escándalo y a la melancolía de la clase ilustrada que lo apoyó creyendo ver en él al político brillante que enterraría al "populismo" peronista. En suma, eso que durante el gobierno peronista era *escandaloso* fue natural durante los gobiernos que lo sucedieron. Que el Contrato con la California desatara un escándalo bajo el peronismo revela la existencia de un gobierno que cuidaba los recursos primarios, la existencia del artículo 40 de la Constitución del '49. Luego, esos contratos se firmaron a espaldas de todo el mundo, sin debates, casi sin resistencias. Frondizi es el mayor exponente de este engaño, de esta palabra que se ofreció y fue luego burlada. (*Nota*: ¡Cuántos dolores han causado en este país a los sufridos intelectuales sus adhesiones generosas a políticos en los que creyeron! Digámoslo sin vueltas: habrían merecido mejor gente. La generación de *Contorno* habría merecido algo mejor que al sinuoso Frondizi. Los jóvenes peronistas del '70 no merecieron al Perón que se vino con Isabel y el matarife de López Rega, al Perón que lo puso a Alberto Villar (siniestro agente de contrainsurgencia formado por la OAS y la Escuela de las Américas) al frente de la Policía Federal, ni al Perón que se les burló en la cara diciéndoles que era "un buen policía" como si no supiera quién era, como si no tuviera su foja de servicios, el listado completo, implacable de sus hazañas de "matazurdos". ¡Es un buen policía! Los tiempos de Frondizi y los muchachos de *Contorno* son –de todos modos– tiempos idílicos o no de barbarie, no de muerte, al lado de los tiempos de Perón y los jóvenes peronistas. Porque sería muy unilineal referirse sólo a los desatinos o a las francas aberraciones de Perón para entender una época que no nos entregaría algo de su inteligibilidad si no incluyéramos en ella las aberraciones de la izquierda peronista. Tampoco Perón ni la ciudadanía argentina (que acababa de elegirlo democráticamente con el 62% de los votos y esperaba un futuro menos macabro) se merecían el alevoso asesinato de José Ignacio Rucci con veinticuatro balazos, en el perfecto estilo de la Triple A. "Fuimos nosotros." "Fue la orga."

"Fue la M." "Fue una apretada al Viejo." "Hay que poner el mejor fiambre en la mesa de negociaciones." ¡Cuánta locura! Una pregunta incómoda que recién responderemos mucho más adelante: luego del asesinato de Rucci, quienes tenían acceso a la conducción de Montoneros, ¿no sospecharon en manos de quiénes estaban? Porque nosotros –los tipos de superficie– no le habíamos visto la cara a esa conducción. En el acto de Atlanta lo vimos a Firmenich dar un discurso. Pero de lo de Rucci nos enteramos por la increíble frase: "Fuimos nosotros". Recuerdo mi estupor: "¿Nosotros?". Y el de un par de compañeros. Uno sobre todo. Dijo lo que todos queríamos decir: "Disculpen, pero yo no maté a Rucci. Así que ese 'Fuimos nosotros' que la Orga se lo meta en el culo. Yo no fui". Bonasso cuenta que Firmenich explica: "Oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización. Lo explica en términos estratégicos: la lucha contra el vandorismo como aliado del imperialismo en el movimiento obrero y su responsabilidad personal en la masacre de Ezeiza. No estoy de acuerdo y lo digo. Rucci era un burócrata fascista y su gente torturó compañeros en Ezeiza, pero su asesinato es una abierta provocación a Juan Perón". Debió agregar: y a todos los que fueron a votar por un país que en medio de ese desastre trataba de buscar un camino democrático y acababa de lograrlo. Sigue Bonasso: "El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. *La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso*" (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Planeta, Buenos Aires, 2000, pp. 141/142. Cursivas mías). Se trata de un texto notable. Bonasso ve todo con claridad: la Orga actúa como un servicio de inteligencia. Sin embargo, ¡decide seguir en ella y lamenta que ese señalamiento fundamental que hizo conspire contra sus posibilidades de ascenso! A ver, ensayemos una expresividad inusual. Bonasso, yo te conozco, vos me conocés. Sos un tipo bárbaro. Seguís peleando, no te quebraste, estás en causas valiosas para el país. Escribiste libros importantes. Con perdón, seré franco (para eso es la amistad y el respeto hacia vos): ¿tanto te sedujo, te engañó, te encegueció ese conductor de esa Orga que, según vos veías con claridad, actuaba como un servicio de inteligencia? ¿Por qué mierda tantos tipos valiosos como vos, Gelman, Urondo, ¡¡¡Walsh!!!, se comieron la conducción de Firmenich? Ahí hay un punto negro. ¿Por qué se comieron a Galimberti? Perón no se equivocaba cuando decía que el problema estaba en el horizonte directivo. No sé si –de haber dado un paso al costado ese "horizonte directivo"– habría integrado a los militantes de la JP porque nadie puede saber nada de esa época sangrienta e incierta, a veces impenetrable. Pero ustedes, que los veían, ¿estaban ciegos? ¿No les bastó con el asesinato de Rucci? ¿No advirtieron el delirio? ¿Quiénes eran? ¿Los marineros del capitán Ahab, fascinados, como ellos, por la locura del jefe? (*Subnota*: en cuanto a los que hacen circular por la Red repulsas o juntan firmas por mis críticas a la conducción de Montoneros no se molesten más por ahora. Esperen: ni siquiera empecé con Firmenich.)

HERNÁNDEZ ARREGUI, MILTON EISENHOWER VIENE A RENDIRSE

Vamos a ocuparnos –no extensamente– de Hernández Arregui, Murmis y Portantiero y Tulio Halperin Donghi. No necesito aclarar ciertas cosas a esta altura. No haré una exposición "pedagógica" de sus textos. Andaremos un poco alrededor de ellos y veremos qué pueden decirnos de nuevo o qué reflexiones nos pueden provocar. Son bien distintos: Hernández Arregui es un más que convencido peronista. Murmis y Portantiero buscan la precisión académica. Y Halperin Donghi es inefable, qué les puedo decir. Sus libros son apuntes algo elementales, las memorias de un gorila sarcástico, lleno de arbitrariedades, de olvidos. Y pasa por ser el mejor historiador argentino. Ya veremos cómo ha logrado esto. Siempre es atrayente revisar un texto suyo pues tiene ligereza, entretiene y es tan alta la autoestima del personaje que sus líneas, cree él (y uno se divierte observándolo ejercer esta creencia), son la mismísima, incuestionable, verdad de la historia.

Juan José Hernández Arregui fue un símbolo de los '70. Era parte de la llamada "corriente nacional". Algo heterogénea: Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, Fermín Chávez, Arturo Jauretche y el mencionado Arregui. *La formación* tardó en reeditarse. Aparecía en fascículos de los centros de estudiantes. Por fin, un luminoso día, aparece. Helo aquí: ¡*La formación de la conciencia nacional*! Si los jóvenes de los '70 querían ser peronistas el libro les contaba la historia que necesitaban. Se agotó en días o, a lo sumo, en una semana. Un best-seller revolucionario. Todos lo leían. Todos lo comentaban. Hernández Arregui era un buen tipo. Le pusieron una bomba. Hirieron mal a su mujer, él se salvó. (Esto fue antes del '73.) Y se murió, como Jauretche, en el '74. Alguna generosa mano divina los salvó a los dos. De lo contrario, eran boleta o se tenían que ir en menos de tres horas del país. Bien, Hernández Arregui respondía todos los cuestionamientos que la derecha o la izquierda le hacían al peronismo. Era fundamental para la militancia. ¿Cómo era la cosa? Por ejemplo, en un barrio a un militante le decían: "El peronismo no impulsó la industria pesada. Eso acentuó la dependencia del país". El militante tenía dos libros. Uno, el de Hernández Arregui. Y otro –muy usado– el de dos personajes de la época que se perdieron en la noche de los tiempos o en alguna empresa multinacional (la Coca Cola según parece, ¡qué destinos hay en este país!). Este libro se llamaba *Peronismo* y no recuerdo qué cosa más. Sus autores eran Fernan-

do Alvarez (hermano de Chacho, si no me equivoco y creo que no) y Juan Pablo Franco, bajito, con anteojos, muy inteligente, vanidoso. Era el *Manual de respuestas del buen militante JP*. Si de la industria pesada venía la mano, el militante buscaba y ahí estaba la cosa y así con todo. ¿Crisis agraria? ¿Que la crisis agraria demostró la debilidad de la economía peronista? Arregui escribía: "Y la 'profunda crisis agraria' lo fue tanto que una sequía natural sin precedentes de dos años, no logró disminuir el nivel de vida del pueblo argentino" (*Ibid*., p. 399). Juan José Hernández Arregui es un Discépolo del ensayo. Se me permitirá una cita extensa. Pero quiero que se vea el entusiasmo discepoliano de sus textos. Alguno, por ahí, se identifica con ellos. Otro los encontrará excesivos. Otro los va a odiar. Pero tienen una transparencia en su fervor que acaso trasmitan tanto como una pintura de Daniel Santoro. "Ese pueblo, en los dos primeros años del gobierno de Perón, vaciaba los almacenes, las carnicerías, las rotiserías. Ese pueblo no ahorraba. La razón era sencilla. Tenía hambre. Bien pronto comenzaría a comprar la casita, el aparato de radio, la heladera" (*Ibid*., p. 405). En esta memoria colectiva, en este inconsciente perseverante, en esta inercia histórica, en esta memoria que nadie logró borrar, se entiende la persistencia del peronismo. Sus triunfos electorales. El pobre mete la boleta del peronismo en la urna y siempre espera que *algo* de lo que de allí surgió una vez, durante los años dorados, vuelva a surgir. Sigue Arregui: "Durante la 'década infame' (...) Los mendigos pululaban en las calles de Buenos Aires. En las escalinatas del subterráneo, mujeres jóvenes y desharrapadas imploraban la caridad pública con el tétrico muestrario de sus criaturas hambrientas. En el interior se robaban de noche las gallinas para comer. Los empleados de comercio llegaban a la vejez sin jubilaciones, los obreros eran vejados o desatendidos por los organismos del trabajo (...). En la Argentina sólo veraneaban las clases pudientes. *Todo esto terminó en 1946*. La vida de los argentinos se modificó. Semejante cambió trajo sus trastornos. Los cines llenos, los estadios llenos, las confiterías llenas. Los comercios, hasta entonces desiertos, no daban abasto. Se desatendía al público y los empleados se mostraban insolentes. Pero el público podía comprar. Se viajaba con dificultades. Pero los lugares de veraneo estaban abarrotados. Las clases privilegiadas protestaban. *Pero las capas bajas de la población conocieron derechos a la vida que les habían sido negados bajo el inexorable dominio material y político de la oligarquía* (...). La Argentina ofrecía el más alto nivel de vida de América Latina y uno de los más altos del mundo. El Estado financió espectáculos de cultura popular durante una década, como los mundialmente famosos conciertos de la Facultad de Derecho, con los mejores directores del orbe y enteramente gratuitos. (Algo totalmente cierto, JPF.). El Teatro Colón, tradicional lugar de la oligarquía, fue abierto a los sindicatos obreros. Este efectivo elevamiento de la vida material y cultural de la población argentina tenía una base real. A saber, una política nacional en gran escala que por primera vez se ensayaba en la Argentina" (*Ibid*., pp. 405/406. Cursivas nuestras.)

Lo del Teatro Colón no tiene desperdicio. Se sabe que los conchetos de este país (personajes pasionalmente aliados al ridículo) no dicen "ir al Colón" sino "ir a Colón". Bien, ahora tenían que "ir a Colón" a escuchar, no a Beniamino Gigli o a Toscanini, sino a "Marianito" Mores. Que, como era muy jovencito, no era aún "Mariano". Desde luego, no iban. Que fuera la grasada, ellos no se iban a mezclar con esa gente. Pero, con Perón, Marianito Mores mete su orquesta sinfónica de tango en el Primer Coliseo. Mores es un gran compositor de tangos, ojo. Ha trabajado con Discépolo. Escribió *Uno, Una lágrima tuya, Cafetín de Buenos Aires, Cuartito azul, El patio de la morocha, El firulete, Adiós, Grisel, Adiós pampa mía, Tanguera* (obra maestra instrumental que incluye un tema de Schubert y que fue parte destacada de la película *Moulin rouge*, bailada por Nicole Kidman.). Y una joya, una obra maestra del ritmo, de la lujuria pianística, del lucimiento milonguero: *Taquito militar*. Que estaba dedicado (algo que Marianito, que no sufrió como Hugo Del carril, supo tachar no bien se vino la Libertadora) a Franklin Lucero, jefe de Estado Mayor del Ejército del General Perón. Además actuó con intensidad en el cine peronista. Como las Legrand. Y ahí fue nomás: a injuriar al Colón. Horror, espanto, vergüenza. La chusma nos ocupa nuestros santuarios. Para colmo, Marianito les toca *Taquito militar*, dedicado a Lucero. Y hasta se manda con uno de esos horrorosos mamarrachos sinfónicos a lo Rachmaninoff: *Poema en tango*. En fin, después, ya viejo, con ese peluquín escarlata que se ponen los tangueros (Salgán, conmovedor, se pinta el bigote que ya no le crece: no deja de ser un artista sublime por eso), Marianito habrá de tocar para casi todos los gobiernos. Lo recuerdo en una de esas fiestas de Punta del Este con Menem, Geraldine Chaplin y Catherine Deneuve. Marianito acaba de tocar y saluda a Menem con una inclinación veloz y algo impersonal. Debe haber cobrado un vagón de guita.

Y dice Arregui: "Cualquiera sea el juicio sobre el régimen de Perón, los *hechos* están allí" (*Ibid*., p. 408). No tenían ninguna duda: los hechos lo avalaban. ¿Quién podía discutir esos hechos? ¿Milcíades Peña? Pero, ¿qué era esa charlatanería sobre la conciencia de clase, las conquistas autónomas de la clase obrera y las que el Estado le entregaba sin que luchara? ¿Para que iba a luchar? Era feliz. Era la patria del bienestar. La patria en el pueblo tenía lo que nunca había tenido. Lo que siempre se le había negado. El "chamamé de la buena digestión", como dirá Discépolo. Y entonces lo de Milton Eisenhower: vino a "capitular" al país de la abundancia. ¿Quién nos iba a gobernar de afuera si aquí estaban Perón y las masas? Y la izquierda, ¡¿la izquierda!? Rodolfo Ghioldi, en 1957, declara orgulloso en *La Nación* que un abuelo suyo había visto al general Mitre. Caramba, qué orgullo, qué se le puede pedir a la vida después de eso. Arregui no es mezquino en cifras. Se le podrán refutar, pero habrá que tomarse el trabajo. Sus cifras son fuertes, aplastantes, las cifras de la prosperidad, de la felicidad. Admito que Arregui era más amigo de las estadísticas que yo. Sin embargo, Perón cae. ¿Por qué? Porque el pueblo se había "ablandado" con tanto bienestar. Los sindicalistas de la CGT se volvieron burocracia. Y la "propia y dominante personalidad de Perón" asumió en sí lo que debió transformar en "combatividad revolucionaria de las masas y de sus dirigentes" (*Ibid*., p. 427). Concluye Arregui sintetizando sin mayor orden ni rigor la tarea devastadora de la Libertadora con las conquistas que el pueblo peronista había conseguido en diez años de Gobierno. Nos ocuparemos de esto.

TULIO HALPERIN DONGHI, "LA SEÑORA NO ERA ASÍ"

Llegó el momento de la antítesis de Arregui. Así como el pobre Juan José estuvo borrado (pero borrado, eh) durante la primavera alfonsinista, Tulio Halperin Donghi fue declarado el *gran historiador argentino*. Yo –como tantos otros– fui alumno de él en la calle Viamonte 430, donde, según Ernesto Laclau, "empezó todo". Halperin era más bien gordito de joven, hablaba muy fuerte en sus teóricos y hasta una vez se quedó sin voz de tanto que la esforzaba. Era adjunto de un profesor sin muchas luces de nombre –si no me falla la memoria– Luis Aznar. Dictaban *Introducción a la Historia*. Hice una exposición de Collinwood y me fue muy bien. Luego vino el golpe de Onganía y Tulio se fue a Estados Unidos. Un exilio de lujo. No bien el país se le puso incómodo, se fue. Se podían hacer muchas cosas en la Universidad todavía. De hecho, a mí, que no estaba recibido aún, me pusieron al frente de una comisión de trabajos prácticos que tenía doscientos alumnos. Era muy sencillo. *Psicología* no se dictaba y todos los tipos de esa materia se anotaban en *Antropología filosófica* para no perder el cuatrimestre. Conrado Eggers Lan, que estaba al frente de la cátedra, me llamó: "José, ¿podría hacerse cargo de una comisión de trabajos prácticos? Tenemos ochocientos inscriptos". Le dije que sí. Le pregunté qué daba. Él me dijo que pensaba dar Marx. "¿Qué texto le gustaría dar a usted?" "Los *Manuscritos del '44*, Conrado. Estoy trabajando eso." "Bueno, dé eso." "Ah, me olvidaba", recordé. "Yo no cursé ni aprobé esta materia." "Bueno, pero necesito gente. Y usted se las va a arreglar." Así las cosas, en 1966, bajo la dictadura de Onganía, cursillista, fascista, apaleador de universitarios, dicté en el segundo cuatrimeste de 1966 –mientras todos decían que nada se podía hacer en la Universidad– los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* de Karl Marx, editados por Fondo de Cultura Económica con unas horribles anotaciones de Erich Fromm que evité por completo. Tenía doscientos alumnos, tenía veintitrés años y la vida me parecía llena de infinitas posibilidades, un horizonte tan lejano que su fin no se veía, que acaso no lo tuviera.

Pero Halperin Donghi se fue. Natural: tendría muy buenas ofertas y habrá llegado con la aureola del exiliado. Lo encontré recién en noviembre de 1984. Era un Congreso en la Universidad de Maryland organizado por Saúl Sosnowsky. Eran los inicios de la democracia, el tiempo de Alfonsín. El sarcasmo de Tulio llegó a sus más altas cumbres. En cierto momento, burlándose abiertamente de la Juventud Peronista ("Esa generación que marchaba alegremente al desastre") contó una anécdota. Algunos militantes de la JP iban a ver a la vieja actriz peronista Delia Parodi y le hablaban de Evita. Le hablaron con fervor. Le habrán hablado –en suma– de esa concepción que la JP construyó de Evita: su guevarización. Un Che con faldas. Y de otras cosas. De su militancia. De la inspiración que era para ellos. Entonces Tulio Halperin Donghi –burlándose de esos jóvenes, la mayoría, posiblemente, desaparecidos– dijo: "Y Delia Parodi les dijo: 'Vean, chicos: la señora no era así'" Como diciéndoles "no sean ingenuos, no se hagan ilusiones, yo la conocí, no tenía nada que ver con eso que ustedes están imaginando". La carcajada de los eminentes intelectuales que ahí estaban fue abrumadora. Acaso algunos no rieron. El chiste, de todos modos, era bueno. Y era el momento

RēP

de burlarse de los jóvenes peronistas, reyes del "malentendido", que se habían inventado todo, que habían sido ingenuas marionetas en manos del manipulador fascista que siempre se negaron a ver y que ellos, viejos antiperonistas (gorilas), conocían de memoria. Me guardé la bronca. Eran tiempos de derrota. Se marcaba a fuego a los culpables del desastre y parte esencial del mismo había sido la ingenuidad, el "malentendido" de esos jóvenes que no escucharon a sus padres, quienes les habrían advertido que Perón era un nazifascista y no el líder revolucionario que ellos, a causa de su juventud, de su inexperiencia, creían que era. Se trataba de un discurso de viejos resentidos. Habían perdido durante años el centro de la escena. ¿Quién leyó a Halperin Donghi en los setenta? Habían quedado a un costado, esperando, rumiando su ausencia de protagonismo. Ahora podían volver dando cátedra. ¡Ah, si nos hubieran escuchado! Ese es el costo de desoír la voz de los mayores. Nosotros podríamos haberles dicho que Delia Parodi tenía razón. Que Evita era la señora anodina del retrato de Manteola y no esa "pasionaria" que había dibujado Carpani. (Esto, suponiendo que conocieran a Carpani o a la CGT de los Argentinos, de donde ese dibujo había sido originario. Ya veremos que Halperin parece no haber tenido noticias de Rodolfo Walsh.) Les habríamos dicho también que la señora usaba trajes de Dior, que era amiga de Franco, que lucía la Orden de Isabel la Católica y que era, como su marido, fascista. Pero ustedes no escucharon a sus mayores. Alicia Dujovne Ortiz lo dice: "chismes de viejos", refiriéndose al "nazismo" de Perón. Y en esto no se equivoca. Los pibes de la JP no eran teóricos del peronismo. Yo, que tenía ya treinta años en 1973, sí. Era profesor desde hacía años y había escrito unas cuantas cosas. Una vez llegué a dar una charla en Salta. Se me acerca un compañero de la JP, un morocho preocupado: "Che, José, vino un tipo del FIP y nos dijo que Perón era un burgués nacional. Y nada más, dijo. ¿Cómo? ¿Perón no fue un líder revolucionario?" ¿Y qué le iba a decir? Si le decía que Perón había sido un burgués nacional le debilitaba su fe, la fe que necesitaba para su praxis, ahí, en Salta. Estas cosas no las saben ni las supieron Halperin Donghi o aun Sebreli porque ya eran viejos en esa época. O, al menos Sebreli, tenía los años suficientes como para no ser joven. De aquí, pienso a veces, su resentimiento, su bronca visceral: *Se la perdió*. Se la perdieron, señores. *Se perdieron la experiencia revolucionaria más importante que tuvo este país*. ¿O alguien duda que fue precisamente eso? Y si no, ¿por qué mataron a todos los que mataron? Se la perdieron. Ahora junten bronca. Hablen del malentendido. Digan que todos los pibes de la JP eran una caterva de boludos meloneados por un viejo nazifascista. Se la perdieron. Porque ni esto pueden entender. Sólo pueden arrojar injurias. Entender la enorme complejidad de los hechos, nunca. O de otro modo. Como uno comprende las campañas de Napoleón. O la batalla de Caseros. O el asesinato de Facundo. *Pero no estuvo ahí*. Hay un olor de los hechos. Hay un clima espeso de la historia en el momento del acontecimiento. Hay caras, hay sonrisas, hay llantos, hay abrazos. Yo nunca voy a claudicar de mis convicciones esenciales porque *todavía veo* las caras de tantos compañeros que mataron, torturaron o tiraron al Río de la Plata. Es así. Los veo en el triunfo. En la derrota. En el miedo. En la incertidumbre. En el dolor. Los veo en la plaza del 25 de mayo de 1973. Y tengo sobre esa plaza una certeza de hierro: *Esa fue la jornada más gloriosa de la izquierda argentina.*

No voy a disculparme por estos desvíos que se relacionan con experiencias mías. Este texto se publica en entregas. Será un libro y conservará este aliento. Es el aliento de eso que la "entrega semanal" posibilita: *Ir descubriendo cosas sobre la marcha*. Ahora veo algo que acaso ustedes ya hayan visto hace rato. Esto es un ensayo. Participa del universo teórico. Pero tiene mucho de narración. *Esto es, entonces, una novela teórica*. Así desearía que se lo lea y así pienso seguir escribiéndolo. Si algún teórico piensa que esto le resta rigurosidad al texto, que se olvide. Al contrario. El más grande ensayo escrito en nuestra patria es una novela teórica. Lo saben: es el *Facundo*. No creo estar escribiendo el *Facundo* del peronismo. (Además, conociendo esta jungla, ni loco lo diría.) Pero no me pienso privar de lo narrativo en una historia tramada por las pasiones más desmedidas, los odios más extremos, por la vida y por la muerte. Creo que puedo arriesgarme. Publiqué mi primera novela en 1979. Sé que soy un buen novelista, sé que no soy el mejor y Dios me libre de ocupar ese espacio. Pero, por si no lo saben, voy a decirlo: me he ganado algunos derechos en la ficción y en el ensayo. También escribí guiones cinematográficos que muchos conocen. Justamente el de *Eva Perón* (que tuvo esa gran actuación de Esther Goris, que en buena medida lo ha tornado insoslayable: no habrá otra Eva como ella) será utilizado cuando nos ocupemos de Eva. Esto es, entonces, una novela teórica. Entre la precisión del concepto y la narratividad literaria se tramarán muchos de sus pasajes.

UN CALÍGULA BONACHÓN

Volvemos a Halperin Donghi y partimos de un pasaje en que se ocupa de Eva Perón. Sin sarcasmos, con toda seriedad, THD analiza el "renunciamiento" de Evita. Notable lo que ocurre con Eva. Aun los peores gorilas la respetan. Será por su muerte dolorosa y temprana o por algo de su temple pasional, pero es así. "La candidatura de la señora de Perón" (escribe THD) "fue vetada por el ejército y su esposo se inclinó ante ese veto" (Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 2006, p. 134). Observemos ahora el señalamiento que hace THD: la pasión de Eva es genuina. Si el régimen se hubiera tomado en serio como ella lo había hecho otra habría sido su historia: "La mujer de rostro tenso y afilado" (escribe), que había surgido de la alegre y exuberante Evita de los primeros tiempos de grandeza, era en parte el producto de una enfermedad implacable, que fue resistida con temple admirable, en el que se mostraba una recia autenticidad. Ese valor y esa consagración figuraron, junto con la devoción tan firme de las grandes masas populares, entre las pocas cosas serias de una época que no pareció advertir del todo que la obra de transformación social que le estaba históricamente fijada era digna de ser tomada en serio" (*Ibid.*, pp. 134/135). Señala, entonces, THD que sólo Eva Perón asume la seriedad de la tarea que debía realizarse. Todo lo demás no tomó en serio su papel histórico. Suponemos que sería arduo encontrar demasiados ejemplos de tal cosa entre los años 1946 y 1951. Pero Halperin da un salto notable y se concentra en un período que –en efecto– resulta arduo de explicar. A partir de 1954, el Gobierno empieza a organizar a los grupos juveniles mediante la U.E.S. secundaria y la C.G.U. universitaria. Perón se pone con fervor al frente de tal tarea. "Luego de la muerte de Eva Perón (escribe Halperin Donghi), su esposo, lejos de mostrar la reserva dolorida que hubiese sido decente, se lanzó con frenesí a actividades que hacían de él una suerte de Calígula bonachón. Estas etapas finales del régimen que mostraron al jefe del Estado capitaneando por las calles céntricas de la capital a una muchedumbre de morrudas adolescentes, esas etapas que rodearon a la silueta deliciosamente absurda de la motoneta de un equívoco aire erótico, esas etapas en que el 'Líder de los Trabajadores' agregaba a múltiples y sonoros apelativos el extrañamente familiar de Pocho, esas etapas acaso no pueden explicarse sin tomar en cuenta el hecho, más patético que grotesco, de que el general estaba atravesando, en posición demasiado expuesta a la curiosidad pública, el delicioso y angustioso verano de San Juan de su vida erótico-sentimental" (*Ibid.*, pp. 140/141). El texto de Halperin Donghi es preciso, pega donde tiene que pegar, su sarcasmo tiene esta vez dónde herir y la expresión *Calígula bonachón* puede ser considerada un hallazgo literario de alta eficacia.

La foto en cuestión aparece (¡cómo se la iban a perder!) en la tapa del segundo tomo del libro de Gambini. Parece más Menem que Perón. Se lo ve sonriente y el gorrito (al que se le llamaba "pochito", por el simpático apelativo "Pocho" con que ya todos llamaban al "coronel sindicalista") cubre el rostro de Perón hasta los ojos. Tiene una campera blanca y encabeza una caravana. Pero no se ven chicas. Lástima para Gambini y sus editores. ¿Qué pasó? ¿No consiguieron una con chicas de la UES? Porque había a montones. Fue toda una época. Fue la tonalidad del Perón de su última etapa en la Presidencia. Aquí, lo acompañan unos señores que se ven tan patéticos como él. Sucede con la llamada *motoneta* que no es una moto ni un auto. No tiene otra entidad que la del ridículo. Tiene algo de juguete frágil y bobo. Si uno recuerda esos Mercedes Benz negros, brillosos, en que se exhibía Hitler, advierte que, de eso, la motoneta nada. La cuestión –aún misteriosa para mí– es la causa del exhibicionismo bobo. No faltarán peronistas jurásicos que hablarán de la importancia del deporte y de otras pavadas por el estilo. Políticamente, Perón le entregaba a la oposición un material de burla inapreciable. Ya en el '55, el cómico Adolfo Stray, en el teatro de revistas *El Nacional*, cruzaba el escenario, de izquierda a derecha, manejando una motoneta, con el gorrito pochito, seguido por una serie de coristas que le gritaban "¡Pocho! ¡Pocho!". Stray les decía: "¡Vamos, chicas!" y desaparecía por derecha. La clase media y alta que asistía al espectáculo reía a carcajadas. También en *El Nacional* se hizo célebre el monologuista Pepe Arias. Todos iban a escucharlo. Arias no se privaba de nada. Me ha dicho un amigo gorila que tengo –y al que quiero mucho– que, luego del golpe, la gente fue a *El Nacional* y cuando salió Pepe Arias a decir su monólogo lo aplaudieron de pie durante diez minutos. ¡Qué momento, don Pepe, la Historia lo acarició! ¿Lo imaginan? Todos de pie, aplaudiendo. ¿Qué aplaudían? Al monologuista que había ayudado a que la libertad y la democracia retornaran al país. Volvía el país de nuestros padres y de nuestros abuelos. El tirano se había ido.

Pero la Historia tiene sus vueltas. Ese gorro pochito, ese gorro que Perón usaba para ir en la llamada "pochoneta", se transformaría, diecisiete años después, en un símbolo de la transgresión, de la burla a los modos solemnes de la oligarquía, a las formalidades de tantos presidentes fraudulentos, a las rigideces cuarteleras de los militares, al sistema entero del país burgués, en el encuadre que le dio la Juventud Peronista. La cosa fue así: al día siguiente del primer regreso de Perón, el del 17 de noviembre de 1972, toda la militancia fue a verlo a Gaspar Campos, residencia en la que el líder esperado durante todos esos años se había instalado. Yo iba en tren con mi amigo Arturo Armada: él dirigía *Envido*, yo era miembro del Consejo de Redacción. Suben unos cuantos militantes ruidosos. Muchachos de alguna villa, con bombos, con mucha alegría. Se ponen a cantar *la marcha de Los muchachos peronistas*. Yo sabía su letra por los actos de la época y por haberla cantado en quinto y sexto grado del colegio primario. Pero siempre tenía problemas con esa estrofa sobre la Argentina grande con que San Martín soñó. Como me trabé, Arturo me miró y dijo: "Tenés tus buenos problemas con la Marcha vos, eh". Era decir: vos sabés más de Hegel que del peronismo. Algo de eso había. Muchas cosas las habíamos tenido que aprender de pronto. Hubo que *hacerse* peronista. Ya vamos a ver el tema de las 20 verdades después de Ezeiza. Llegamos a Gaspar Campos. Era impresionante. Había pibes de la JP hasta arriba de los cables de luz. La consigna era: *La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ está en Vicente López/ por orden de Perón*. A esto se le llamaba *doble poder*. El poder del régimen estaba en la Casa Rosada (Lanusse). Y el poder del pueblo en Gaspar Campos (Perón). De pronto, un griterío infernal. Todos gritan: "¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!". Y ahí estaba el Viejo. Asomado a una ventana. Vestía un piyama claro y saludaba con los brazos abiertos, como él, como Perón. A un lado, López Rega. Al otro, Isabel. Ni idea teníamos aún de lo que esto significaba. Abrevio: al rato, alguien grita "¡El pochito!". Y todos empiezan a gritar: "¡El pochito! ¡El pochito!". Ignoro de dónde lo sacaron, pero en breve tiempo Perón, muy divertido, se ponía el célebre, el injuriado, el parodiado hasta el insulto y la carcajada soez, *pochito*. Para qué. Fue el delirio. Perón saludaba y tenía puesto el pochito. A mi lado (lo juro), alguien dijo: "¿Se reían del pochito? Ahora se lo van a tener que meter en el culo".

PROXIMO DOMINGO

La vida por Perón